

a su inteligencia luz, y a su carácter firmeza y a su vida sencillez no ficticia, amor al hogar santo en donde le sostiene el culto de una madre inteligente; y aun a su palabra una cierta unción amable que la hace bella y persuasiva y severa.

Su doctrina es el evangelio y su maestro Jesús. «Sin Jesucristo, la humanidad es inexplicable, porque El es quien ha enseñado la piedad».

Y si no de un modo exacto, porque

EN LA BAJA MAREA

—¿Y usted conoce a Paillaman?

—Sí, reverendo padre.

—¿Está él aquí?

—Llegará con el alba. Fué a la isla de Lemui.

—Regresará tarde, exclamó un viejecillo, la naciente comienza y con ella se van los moribundos. Ya ha entrado en la agonía.

De la pieza vecina viene el resplandor de un candil. De tiempo en tiempo alguien se pone de pie, da en silencio unos pasos y deteniéndose en el umbral intercepta la luz.

Los circustantes espían su actitud; pero al no encontrar en ella revelación alguna, prosiguen en la oscuridad del aposento las toses sofocadas, los bostezos incontenibles y las conversaciones vagas y cañoneras.

—¿Me hablaba usted?

—¿Quién, yo?

—Sí, me parece haberle oído.

—No, no he dicho nada.

—Podríamos encender fuego, advirtió alguien.

El viejecillo se puso de pie y removió los últimos tizones mortecinos, dispersos en un gran bracero de piedra empotrado en un rincón del cuarto.

—Estas piezas grandes son frías, agregó el sacerdote.

—No es grande, dijo el viejecillo. Como estamos a oscuras no vemos el techo ni los tabiques que están negros de hollín. Es el mar el que la enfría. ¿No oye usted? Él está aquí abajo.

—¿El mar?

—Sí, el mar. Su paternidad llegó muy entrada la noche. Ya no se veía nada.

—¿Ese parlotear continuo no lo hacen, entonces, las comadres en la pieza de la enferma?

—No señor. Ellas nada dicen. Es el oleaje pequeño a la hora de la pleamar, en estos canales.

—Cuando el terreno es escaso, aquí, en Chiloé, hacemos nuestras viviendas sobre el mar, explicó una voz.

—Sí, así es, dijo el viejecillo. Esta

ello no es posible, al menos siguió de cerca la norma cristiana: cultivo amor que es lo más que puede hacer un hombre bueno; no puede culpársele de haber llevado al corazón ajeno alguna angustia; desechó los halagos del mundo, fué pródigo de sus virtudes y Martí dice que «cuando alzó el vuelo tenía limpias las alas».

RÓMULO TOVAR

casa se afirma sobre pilares. El mar, con la alta marea, viene, sube entre ellos, se introduce hasta el último rincón y parece que hablara. Con la vaciante se va, y las casas quedan silenciosas. Los moribundos no mueren hasta que las aguas no se retiran.

—¿Es posible que ustedes lo crean?

—Su paternidad nos perdone. No lo crearemos en adelante, pero así ha ocurrido siempre.

Alguien penetró con un atado de leña.

—Parece mojada. Nos ahogaremos con el humo, dijo el sacerdote. No encienda usted. Prefiero regresar. ¿Están los bogadores?

Dos hombres, acurrucados en un rincón, se pusieron de pie.

—No olvide decir a Paillaman que lo aguardamos.

—Se lo diré, su paternidad.

—Que lleve el cadáver para sepultarlo en tierra sagrada.

—Así lo hará.

—¿Quién va a cuidar de su casa?

—No lo sabemos. No tiene parientes en esta isla.

—¿Creen ustedes, que se niegue a servirnos de guía?

Una mujer arrebozada en un pañolón, entró sollozando.

—¿Ha muerto? preguntaron.

La mujer dijo algo incomprensible y regresó al dormitorio. Tras ella siguieron los que conversaban en la pieza sombría: un sacerdote, el viejecillo y otros cuatro hombres, todos muy semejantes en medio de la oscuridad.

Rodearon el lecho de la difunta.

En un camastro miserable, a la luz de un candil, se diseñaba el cuerpo pequeño y la cabeza todavía de niña de la esposa de Paillaman. Los cabellos negros y en desorden, enmarcaban el rostro trasparente y desencajado.

El sacerdote cruzó los brazos flácidos y bajó los párpados de la muerta. Mientras mascullaba una oración, puso un crucifijo entre las manos crispadas.

Con el ruido que hicieran al salir,

unas gallinas que dormían sobre las vigas, intranquilas, se dieron a cloquear. Sus ojos brillaban en la oscuridad...

PEDRO PRADO

(Juventud, Santiago de Chile, julio y agosto de 1918.)

Correspondencia

De don Enrique Jiménez Núñez, Guadalupe, 3 de setiembre de 1919:

Tengo el gusto de enviárle la conferencia que leí a los alumnos del Liceo el 5 de mayo próximo pasado, que Ud. me pide.

La escribí con la deliberada intención de exaltar el sentimiento patriótico de la juventud, de un modo apacible y reposado, que no llamase la atención de los tiranos de nuestra patria, ni acrecentase sus temores. Quise, además, citando hechos de la gran guerra europea, hacer notar que cuando se trata de defender la Libertad y la Justicia, puede más el valor de los patriotas que las máquinas de guerra; más el carácter del hombre que los elementos materiales. Porque siempre oía repetir esta frase de desaliento: «nosotros sacudiríamos el oprobioso yugo que nos oprime, pero no tenemos armas; sin ellas nada puede hacerse».

Los últimos acontecimientos vinieron a demostrar lo infundado de este desaliento, dando al mundo la lección de cómo un grupo de maestras y maestros; de niños y jóvenes desarmados pudieron despedazar la poderosa organización armada que se había entronizado en nuestro país.

Por una inconcebible ceguera, *La Información*, órgano de los tiranos, publicó la conferencia; pero entonces mi propósito fué poco comprendido. Ojalá quiera Ud. ampliar y difundir estos conceptos,—que no son míos, sino de todos los que desean el adelanto,—de modo que ellos puedan, poco a poco, ir entrando en la conciencia de la juventud costarricense.

Del señor Felipe Urquieta, Barcelona, julio 21 de 1919:

He iniciado gestiones para la participación musical en el Congreso Hispanoamericano que se reunirá en Sevilla en 1920. Esa mi iniciativa ha merecido la felicitación de S. M. el Rey de España y la colaboración de ilustres personalidades como Ud. se informará por la hoja adjunta.

Supongo que esa institución sea invitada a designar delegado al Congreso que también tendrá carácter literario.

Mi dirección:—Consulado del Perú, Calle Valencia, 234, Barcelona, España.

De don Enrique Tovar y R., Carás, Perú, 9 de agosto de 1919:

Es muy plausible su aspiración de sacar una revista «que sea órgano de la vida americana (de la América una, sajona y latina)». Y ha hecho usted muy bien en valerse de mí para que le ayude en tal empresa. Lo haré gustosísimo, mi esclarecido amigo.

Pronto le remitiré una relación de los diarios y revistas peruanos, como Ud. me lo